

H.C. TEN BERGE A AUTOESTRADA

En la pequeña ciudad de provincia torció a la izquierda, apenas pasado el centro ya extinguido. Las señales se volvían cada vez más escasas y defectuosas. Los postes con letreros estaban en parte enlodados e ilegibles, o tan torcidos que no era claro en qué dirección señalaban. Una vez fue a dar a un camino sin salida, de modo que debió regresar y empezar de nuevo, lo que le llevó más de media hora.

El chaparrón había sido tan fuerte que a veces él había permanecido con el agua hasta los ejes, con el motor andando —temeroso de que éste ya no volviera a arrancar si se paraba a lo largo de ese camino abandonado.

Fue un acontecimiento espléndido; pero tan sólo en la cabina dio lugar a inciertos pensamientos y sombrías sospechas sobre su llegada a tiempo. Había suficientes cigarrillos. Sin detenerse vació el cenicero fuera de la ventanilla. La ceniza cayó sobre el piso húmedo, que parecía una estropeada colcha de retazos cosida en vano con un sinnúmero de remiendos. A derecha e izquierda había agujeros que ya nadie rellenaba, aquí y allá la hierba de la cuneta se adentraba un buen trecho en el asfalto hacia el otro lado del camino. Por todas partes avanzaba la ruina.

Las montañas habían quedado atrás. Definitivamente, perecía.

La oscuridad cayó rápida. El descenso de esa mañana lo había conducido también a otras profundidades, donde hay luces crepusculares e inquietudes y se lo tragan a uno terrenos pantanosos con negros lodazales insondables donde flotan burbujas de gas entre los matorrales y las sendas venenosas.

En una curva súbita la luz de los faros arañó un letrero caído al sesgo sobre el cual pudo distinguir las letras CLAW. Poco después el coche corría sobre lozas de cemento pintadas de amarillo. La lluvia había cesado. Por la cadencia de las ruedas él advirtió que habían llegado a la carretera a F. Esto significaba otras dos horas de conducir antes de llegar al puente. Los guardias en el valle del río no causarían mucho retraso.

Una niebla difusa empezaba a formarse sobre las fincas desoladas. Por ningún lado se divisaba luz. Desde temprano buscaban la salud en la oscuridad de la cama y el establo —invisibles desde el camino— escondidos tras muros igualmente invisibles; si muros había. Sólo de vez en cuando, a grandes trechos, desde el otro extremo del camino le salía al encuentro un coche que lo cruzaba lentamente y le lanzaba sus luces altas hasta el último momento de manera que parecía querer atropellarlo.

Su cansancio aumentaba la sensación de peligro, sus ojos tendían a ver cosas en realidad inexistentes o que existían en una perspectiva diferente de la que él percibía en ese momento. Por el espejo vio que tras él la oscuridad se había hecho completa. No se vislumbraban los faros de otro coche ni atrás ni adelante. Con cierta inquietud sus ojos buscaron una estación de gasolina. Ya en la tarde el marcador de aceite se había puesto a bajar peligrosamente;

él había consumido ya todas las reservas que se hallaban en el cofre. Además el ruido que venía de la cubierta del motor no le gustaba mucho. Ciertamente que antes de partir había revisado el coche e incluso ajustado un poco las válvulas —hasta que produjeron el ligerísimo y sano tic tic que les era necesario— pero con todo, después de haber funcionado impecablemente durante cientos de kilómetros, era perceptible un tableteo incipiente que a él le parecía peligroso. Al principio creyó que el ventilador del carburador había chirriado hasta zafarse, lo que era de comprender tomando en cuenta el camino que había recorrido. Al examinarlo resultó que todo seguía firme todavía y que la causa debería estar en otra parte.

Escuchó concienzudamente mientras conducía el auto a gran velocidad sobre la abandonada carretera de hormigón. Cualquier cambio en el sonido era importante ahora. Su sospecha de que el tableteo se debía a un cigüeñal gastado empezaba a convertirse cada vez más en seguridad. Sin embargo, no podía hacerse nada para remediarlo. La mayoría de las veces podía uno seguir conduciendo así un día más o menos.

Se le ocurrió que era mucho abandono para una carretera tan importante (según el mapa) que además era de las pocas destinadas exclusivamente a autos y parecía en buen estado de mantenimiento. Al menos hasta entonces.

Las blancas montañas se quedaban definitivamente tras el horizonte, tragadas por la noche cada vez más profunda.

En la luz amarilla de los faros vio de repente una figurita gris de pie al borde del camino con la mano levantada. Detuvo el coche. Un hombre bastante joven se inclinó ante el vidrio medio abierto de la portezuela. Llevaba un uniforme de color indefinido y hablaba una lengua que él no logró reconocer.

El soldado subió al coche al señalar él a guisa de invitación el lugar vacío a su lado.

Continuaron el camino en silencio.

Ese día —que había sido caliente y húmedo— él apenas si había comido o bebido. Como un poseído había manejado para romper tan rápido como le fuera posible los lazos con la tierra que atrás quedaba. Era como si él se hubiera expulsado a sí mismo de las alturas donde la posibilidad de un reencuentro con su origen había estado más próxima. Pero tal vez para ello era primero necesario precipitarse en grietas y abismos que uno se ha dispuesto a sí mismo —para despertarse después en paisajes prestados y propios donde el ansia recomienza, sacudido y desvestido hasta el hueso, sin nada que perder ya sino a sí mismo. Y viaja uno por llanuras alternadamente agostadas o anegadas hacia las primeras colinas bajas, donde los breves descansos son ya un reflejo vago de lo que ha de ofrecer una estancia en las sierras altas que asoman en el horizonte.

Por sobre el tableteo del motor el soldado le lanzó palabras



Pareja

incomprensibles y jirones de frases. Señalaba hacia adelante y con la otra mano hacía gestos de beber. A la derecha del camino —tras altos matorrales— surgió un edificio que estaba totalmente iluminado.

Colocó el coche cerca de la entrada. Ráfagas de niebla soplaban sobre el estacionamiento. No había ningún auto a la vista. El edificio parecía igualmente desierto. Al entrar se encontraron de inmediato en un gran salón lleno de mesas y sillas vacías y un mostrador enorme tras el que no había nadie. Era evidente que el restaurante tenía capacidad para una gran concurrencia, pero por algún error estaba ubicado incorrectamente. El salón era iluminado por frías y duras lámparas tubulares que habían sido colocadas en el cielo raso a varios metros de altura. El soldado fue en busca de un empleado y desapareció por una puerta pintada de amarillo sucio. Por algún tiempo hubo un silencio sobrenatural. El se echó a caminar en dirección al mostrador. En el lado de enfrente había vitrinas de cristal en las que se hallaban expuestas intactas toda clase de carnes, y a su lado etiquetas con el precio rotulado en un blanco y negro sin tacha. Vio que eran carnes de madera —fossilizadas, parecía— con un color engañoso de jamón o chuletas auténticos. Habían cortado rebanadas para despertar el apetito de los visitantes. Se empinó por sobre el mostrador y miró, apoyado sobre el vientre, del otro lado hacia abajo. Alguien estaba durmiendo extendido sobre un colchón. Era una muchacha, vestida con blusa y falda corta sobre la que llevaba el delantal verde de una mesera. Yacía boca arriba, extendida muy derecha, con los ojos cerrados y con los labios pálidos y arqueados apenas entreabiertos; su rostro parecía una mascarrilla mortuoria teñida de amarillo pálido, casi oro.

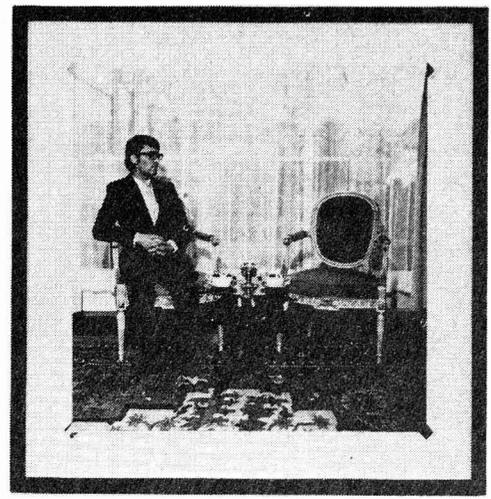
El le dijo algo, luego alzó la voz y tamborileó en la madera con la piedra de su anillo. La muchacha continuaba durmiendo. El se puso a golpear el aparador hasta que hizo temblar la armazón de madera y los vasos polvorientos tintinearos unos contra otros. El fregadero estaba seco. Parecía como si aquí nunca nadie hubiera bebido algo. Ahora él estaba colgando hasta muy cerca del cuerpo de ella que subía y bajaba suavemente y apenas si parecía respirar. El soldado no regresaba. De repente ella alzó los ojos.

—Blanca Nieves, dijo él.

Ella lo miró, sin mostrar turbación por su presencia, si bien tenía las mejillas un poco menos pálidas que hacía un instante. Sus rostros estaban muy cerca uno del otro. El sentía la cabeza hinchada debido a la incómoda postura en que se hallaba, colgando por sobre el mostrador hasta tan abajo. Con una mano palpó la mejilla de la muchacha mientras se miraban en silencio. Esa mañana él no se había rasurado. Podía ya palpar su barba naciente. Le dijo algo. De nuevo. Le preguntó por qué no respondía. Ella se sentó erguida, por lo que él retiró el talle rápidamente para evitar un contacto brusco. Se deslizó del otro



Proyecto de Preso político desconocido



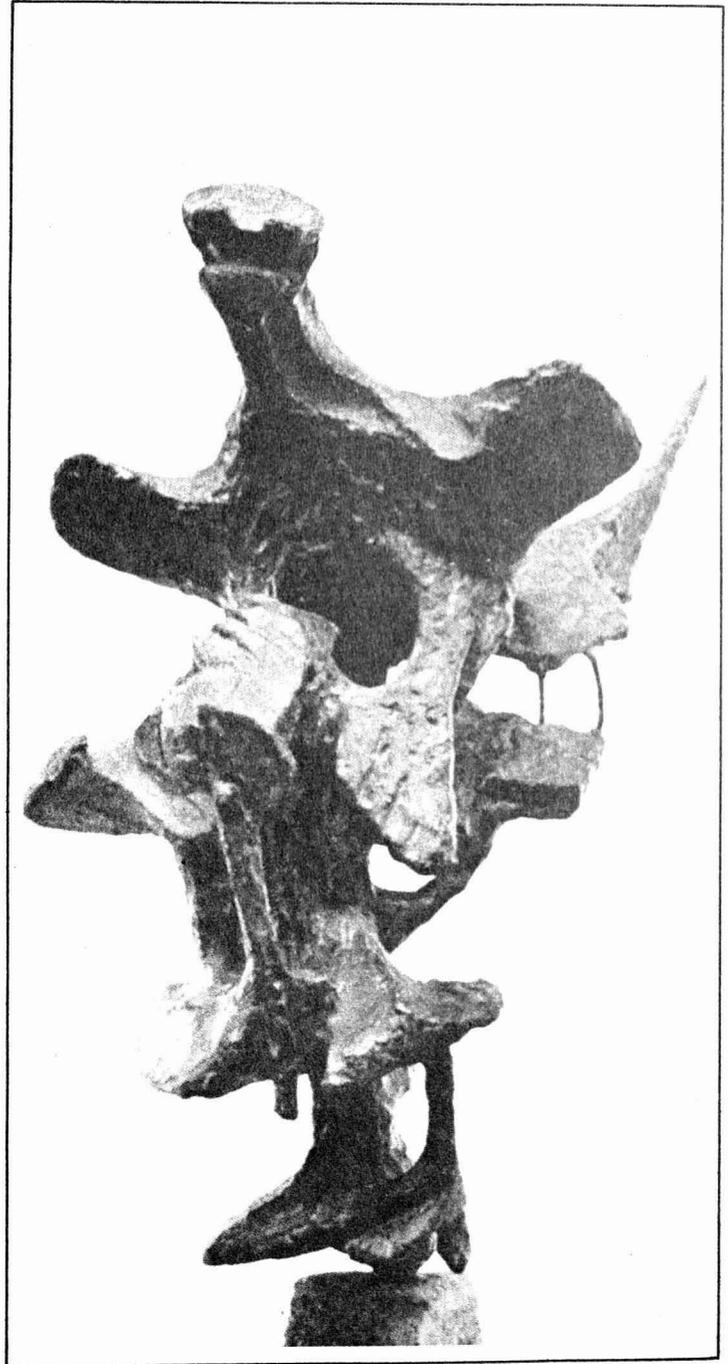
lado hacia abajo. Ella se puso en pie y se echó los largos cabellos rubios sobre los hombros. Se sentó a horcajadas sobre el mostrador y balanceó las piernas hacia el otro lado. Él vio la falda ondear en el aire, sus muslos esbeltos —casi de color arcilla como la máscara que había creído ver. Ella se quedó sentada en el borde y señaló la mano de él. Él extendió el brazo con vacilación. Ella le cogió la mano y la puso allí donde sus largos cabellos le ocultaban la oreja y luego sobre la boca, mientras meneaba la cabeza de un lado a otro como si estuviera negando. Presionó ligeramente los labios sobre la mano de él, tras lo que éste la retiró vacilante clavando sorprendido la mirada sobre su palma.

—Blanca Nieves, volvió a decir.

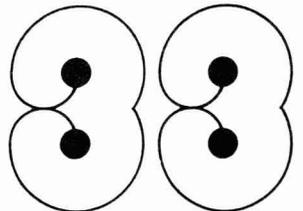
Ella le tendió los brazos para que la ayudara a bajar de lo alto de su asiento. Él la sostuvo por las axilas, avanzando sus pulgares contra las pequeñas cavidades que se formaban sobre ellas. Al alzarla sintió por un instante el peso de su cuerpo sólido y elástico descansando en sus manos. Permaneció así por un segundo, con los pechos de ella a una distancia cortísima de su propio rostro. Luego la bajó. Sus pies se tocaron y la muchacha inclinó la cabeza. La elocuencia de que carecía su lengua la poseían sus ojos. Ella acercó los labios a su boca a tiempo que lo miraba como si quisiera arrancarle a él las palabras que ella no podía decir. Luego paseó los labios sobre su boca, palpando y explorando con cautela, mientras con la punta de la lengua le hacía ensanchar la abertura entre sus labios con una serie de movimientos delicadísimos y perezosos. Así como un ciego ha adquirido el derecho a palpar con los dedos los objetos, las personas, así tenía ella el derecho de reconocer con la suya la boca de él.

Sin romper el contacto con sus ojos y su boca ella extendió el brazo hacia atrás, hacia el lado de madera del mostrador; se recostó ligeramente sobre éste —sus dedos buscaban a lo largo del borde— mientras, poniendo la mano libre sobre el cuello de él, lo hizo inclinarse hacia adelante, y parecía que una suave brisa los moviera como el mástil de un barco.

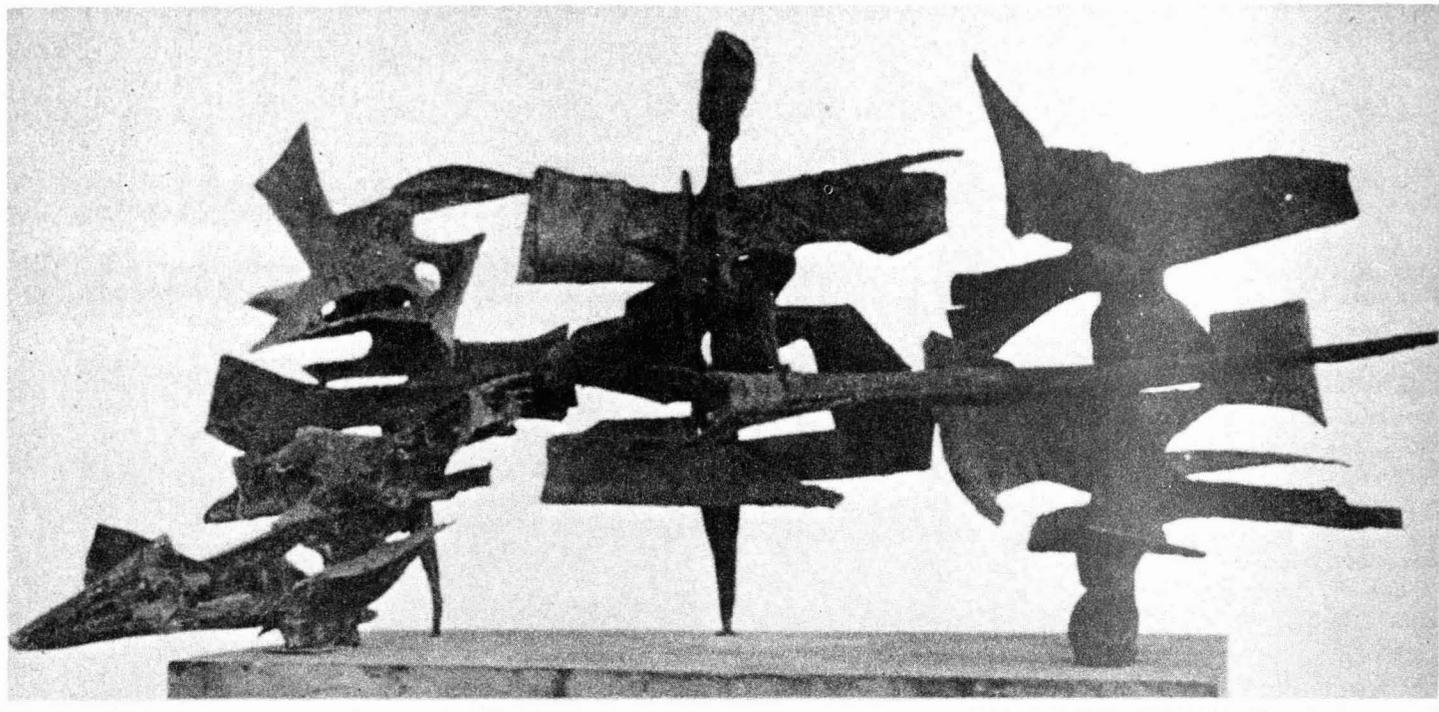
La muchacha apretó un botón con los dedos; a través de un altavoz sonó un murmullo suave. En el suelo se produjeron ligeras vibraciones, simultáneamente dio comienzo una música animada que flotó por el salón abandonado rebotando contra los muros. Mientras una delgada lluvia de polillas se depositaba sobre los vidrios en miríadas de gotitas delicadas, él valseó por entre las mesas con la muchacha prodigiosa que se aferraba a él y seguía sin falla sus movimientos. Ella meneaba la cabeza de un lado a otro por lo que sus cabellos flotaban desenlazándose desenfadadamente acompañando el vals tras las figuras remolineantes que ellos formaban. Clavó la frente en el pecho de él, frotaba la nariz contra su camisa arrugada, deslucida. Pero gradualmente cayó presa —chupando con la boca abierta el contorno de sus labios— en una ola incontenible de contracciones depravadas que hicieron cobrar



Proyecto de *Monumento Plesman*



Proyecto de *Unidad hecha cuerpo*



vida a sus pechos y su vientre y parecía que estuviera a punto de quebrarse la voz en un largo orgasmo de sacudidas y alaridos. La música resonaba en la extensión vacía del salón. Suaves temblores atravesaban el piso; él pensó que la muchacha lo había puesto en medio de una corriente eléctrica, lo quería hechizar para luego despojarlo de su voz y su idioma. Perdido el rumbo echaron mesas y sillas patas arriba y tropezaron con jarrones, botellas, dejando tras sí una estela de agua y aguardiente; ésta era la mujer que él amaba y odiaba y que se lanzaba con él a una danza omnidestructora. La mujer que allí estaba y no estaba, que era frágil y fuerte, mansa y cruel, que tenía miedo y lo aterrorizaba, que él destruía y cuyos abrazos lo destruían; que le concedía su aliento infinitamente suave y cálido y que le chupaba la vida hasta que, como a un despojo inservible, como a un pellejo deshilachado, ensortijado, el aliento jadeante de ella lo arrastraba lejos de allí.

En un abrazo estrecho rodaron ambos contra el mostrador. Ella quedó sudando bajo el cuerpo de él y se le escapó un prolongado y jubiloso chillido de pájaro.

— ¡Aaaah! . . . su voz se quebró a medio camino.

— ¡Habla! , gritó él, — ¡habla!

Ella dio con la cabeza contra el suelo, intentó nuevamente lanzar un sonido que saliera desde el fondo de su garganta, pero una fuerza que era más grande que la suya la asfixió casi en la reprimida explosión que hizo retroceder tras sus cuerdas vocales.

Era como si la manzana se quedara atorada en su garganta, convirtiéndose en una pesadilla que oscilara entre la vigilia y el sueño.

Su voz se deshizo en suaves gemidos, mientras sin fuerza hacía rodar por el suelo de un lado a otro su rostro mojado. En medio de la desolación y el abandono los altavoces hicieron resonar un

vals estridente. El se levantó y golpeó con todas sus fuerzas sobre el mostrador. La orquesta se atragantó hundiéndose con un pequeño estertor en el profundo silencio.

La muchacha se desenroscó bajo el cuerpo de él y se levantó. Estaba desnuda hasta la mitad; el delantal verde y la falda se le habían desgarrado del cuerpo. Tenía los dedos crispados alrededor de la garganta y parecía irreconociblemente salvaje. Sus ojos estaban ocultos bajo el pelo que le colgaba sobre el rostro en ondas y largas trabazones medio mojadas. Estaba frente a él con las plumas arrancadas, alta y vacilante sobre sus piernas esbeltas y rectas, como un ave de rapiña que se hubiera enconado en vano contra las delgadas paredes de su casa de cristal. En su descalabramiento era de una belleza sin límites; exhausta, caótica y vacía como un naufrago, pero a la vez vibrante de vida y en guardia —obsesionada por quien hubiera ocasionado en ella este caos, este peligro fascinante.

Cuando él se levantó ella se dio la vuelta de repente y se alejó corriendo hacia la puerta pintada de amarillo. Contorneó mesas volcadas y cristales en añicos. La puerta se cerró.

El se acercó a grandes pasos y abrió la puerta, que estaba trabada al pestillo, a sacudidas. Permaneció en el umbral y se asomó a la cocina. La muchacha no aparecía por ninguna parte. El soldado tampoco. En un silencio mortal se movían cinco figuras entre resplandecientes marmitas y cacerolas nuevas y nunca usadas que había esparcidas por el espacio. Los hornos estaban apagados.

Vio que por las portezuelas abiertas asomaban pedazos de madera y papel, como si el fuego fuera a ser encendido de un momento a otro.

Reinaba el frío; la niebla se colaba hacia el interior por las ventanas abiertas. Como una bruñida pista de patinaje el suelo

relucía con un fulgor azulado.

—¿Dónde está la pequeña Blanca Nieves? , preguntó.

No repararon en él; dos cocineros se paseaban en sus blancos trajes almidonados. Traían los dedos metidos en guantes de hule esterilizados; los lívidos rostros muy atentos a lo que iba a suceder. Junto con las tres sirvientas que se hallaban también en la cocina, celebraban en silencio y huraños un ritual mitad danza macabra sin música y mitad angustiosa fiesta salvaje para sordomudos. Los cocineros caminaban uno detrás del otro alrededor de una mesa, llevando entre los dos un cubo de cinc —lleno hasta los bordes con una emulsión blanca de almidón y crema batida. Una vieja cocinera estaba sentada desnuda, de espaldas a él, sobre una caldera de cobre; su cogote calvo era una herida abierta, rodeada de chichones y pústulas despellejados. Las otras dos mujeres se tendieron sobre la mesa con las piernas estiradas y se echaron la falda sobre la cabeza.

—¿Dónde estás pequeña Blanca Nieves? , gritó él avanzando unos pasos hacia la mesa en medio de la cocina.

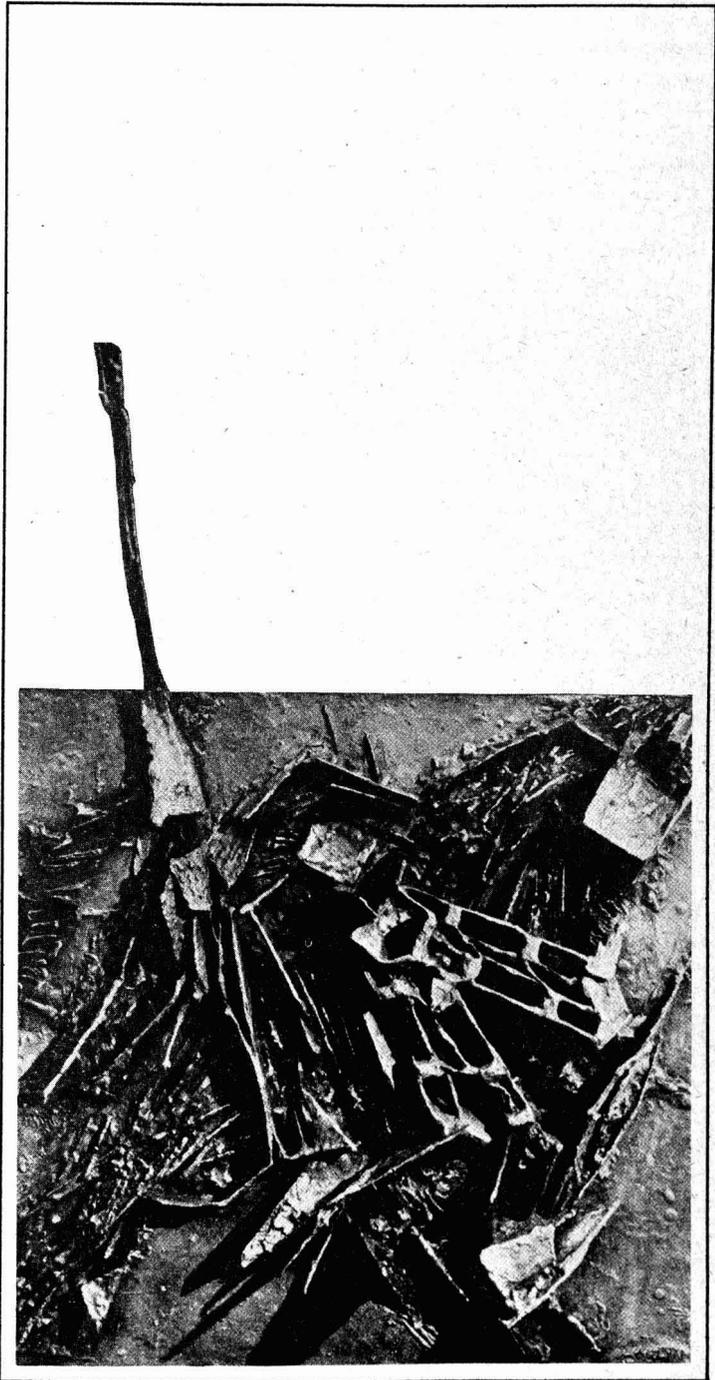
Los cocineros hundían sus cucharones de palo hasta el fondo del cubo y echaban grandes grumos blancos sobre los muslos y el vientre de las mujeres; luego danzaron en su derredor callada y torpemente como muñecos de cuerda mientras el pegajoso líquido chorreaba lentamente sobre el mantel, dejando estelas espirales en la lívida piel de las piernas y el abdomen.

La vieja sirvienta advirtió que él estaba allí y sus movimientos se atoraron; mantuvo inmóviles el cepillo y los escobillones apretados contra el oído izquierdo, de donde partía el pelo que alguna vez le había cubierto desde el pabellón de la oreja hasta el hombro. También los hombres de blanco sintieron el peligro. La fiesta había sido perturbada antes de tiempo. Se dieron media vuelta, los cucharones a medias levantados, y así se quedaron.

Una súbita ráfaga de viento cerró la puerta a espaldas de él. Las faldas de las iniciadas ondearon un momento en lo alto: máscaras herméticas, ausentes. Sobre los hornos crujían papeles. Y un tictac, el tictac del agua.

Se acercó unos pasos y observó a los dos hombres; ambos tenían la misma nariz aplastada, los mismos ojos incoloros y esquivos que yacían escondidos en el fondo de las cuencas; el mismo mentón puntiagudo sobre el que se estiraba la piel tirante y transparente. Nada dejaba ver que estuvieran aún vivos. Eran como estatuas de carne, iguales a las chuletas de madera que había en las vitrinas; sin embargo, su piel mostraba más bien una palidez de cera bajo los altos gorros immaculados.

Con los dedos empujó y recorrió el lado interior de la pierna que yacía junto a él. Las yemas de sus dedos quedaron impresas en las marcas redondas que había sobre la piel. Únicamente él se movía en ese museo de figuras de cera. Posó su mano en el vientre de la mujer; sintió que un frío húmedo le atravesaba la palma. En



Miedo de altura



*Déspota
ilustrado*

un impulso quiso agarrar el gorro de uno de los hombres; éste parecía estar firmemente soldado a la cabeza. Se volvió hacia la mujeruca sentada sobre el caldero de cobre y con todo el dolor del mundo grabado en su carita reseca, estaba congelada. Le tentó la herida en la cabeza: la mancha sudando sangre y pus estaba coagulada en costras amarillas y blancas y en asperezas que, vistas de cerca, se convertían en un kashbah de innumerables callejuelas, callejones anchos como un cabello y obstáculos diminutos.

Oleadas de vapores entraban en la cocina, más espesos que antes. De allí nunca habían flotado humos o vapores hacia el exterior.

El brillo de calderas y marmitas se apagaba; finas gotitas caían sobre el piso, el glacial lustre azul se derretía. El estaba frío y atontado de pie entre las estatuas. La puerta que daba al salón estaba cerrada. La pequeña Blanca Nieves se había ido. El soldado desvanecido en humo. Cargó a los dos cocineros gemelos que pesaban como el plomo y los colocó en el suelo junto a la mesa. Los mangos de los cucharones señalaban rígidos hacia la ventana. El echó un vistazo en su derredor, luego saltó hacia afuera.

La fachada era tan oscura como una frazada negra. Caminó alrededor del edificio. También donde debía quedar el salón estaban apagadas las luces. Regresó al coche. Aquí no se podía comer ni beber. *El soldado había desaparecido del auto.* ¿Cuánto tiempo se había demorado él en regresar? Buscó con la mirada en su derredor. El estacionamiento estaba vacío. Todo parecía aún igual que antes. Sólo las brumas se habían vuelto más pesadas y espesas. Saltó tras el volante. El parabrisas estaba velado. Movié el limpiaparabrisas de un lado a otro para apartar el depósito de humedad. El motor encendió en seguida, él permaneció todavía un momento inclinado sobre el volante con la vista hacia el frente. Luego metió la marcha y se dirigió de nuevo hacia la autoestrada solitaria que desde el terreno en que se encontraba ya se había vuelto invisible.

Escrutaba intensamente el camino mordiendo el pan que le habían preparado esa mañana y que entre tanto se había resecado.

De vez en cuando cruzaba señales con letreros que debido a la creciente neblina estaban borrosos, incluso ilegibles. Volvió a conectar el limpiaparabrisas; ¿cuántas horas de ese día había ya barrido de un lado a otro frente a sus ojos? Para permanecer despierto empezó a silbar, a veces a cantar a voz en cuello y sin ton ni son. En las ráfagas de niebla frente a él surgieron a ambos lados del camino dos luces intermitentes de un blanco amarillento. ¿Luces preventivas? ¿En estos parajes? Debió de costar un esfuerzo enorme el venir a colocarlas allí. Y además, funcionaban; esto delataba una muestra de habilidad técnica.

Retiró el pie del acelerador, pero pisó el freno demasiado tarde. El coche arremetió de frente contra una mezcla de arena y grava y vino a detenerse a menos de medio metro de unos postes pintados



Rising Africa



*Erotic
incident*

de blanco que estaban colocados en hilera sobre el piso flojo.

El camino terminaba súbitamente. Se ahogaba literalmente en la nada. Sacó la cabeza por la ventanilla; las ruedas quedaron hundidas a varios decímetros de profundidad. El motor estaba apagado. El olfateó la atmósfera húmeda que estaba mezclada con el aroma de pinos mojados. La luz amarilla de la lámpara brillaba sobre los postes apachurrados. Alguien había estado allí antes que él: en medio se alzaba una trabazón de hierro rota cerca de la base desnuda, desarmada. Bajó del coche y caminó hasta el lugar donde el camino cesaba. Habían suprimido el andén central y una flecha malamente pintada señalaba el camino que convenía tomar. Eso era pues. Tan sencillo como traicionero.

La muerte no podía traer un silencio más grande que el que aquí reinaba. Un silencio que era acentuado por los golpecitos bajo la cubierta del motor y el gotear de árboles invisibles. Un silencio bendito, pensó él. En el punto en que la autopista estaba amputada, se paró a orinar con las piernas abiertas. El camino era una gran plaza. Servía para todo para lo que no lo habían hecho. Estaba allí solo consigo mismo, inutilizado, mal visto, con heridas mal cuidadas.

Volvió a subir al coche y apagó los faros. El auto se quedó a oscuras: un insecto jorobado aún más oscuro. Puso los brazos sobre el volante y se quedó dormido.

La arena y la grava estaban húmedas. Las ruedas giraban en reversa con facilidad por los surcos viejos que él había trazado. La mañana flotaba todavía gris y fresca sobre los bosques. Los escasos prados respiraban tranquilamente bajo velos translúcidos. Las aves seguían durmiendo un sueño nupcial tardío o acaso por instinto se mantenían lejos de una autopista que desembocaba en la nada. Sin embargo había visto bastante a menudo bandadas de pájaros en el camino, a las cuatro y media de la mañana cuando no se ven más que campesinos y sus mujeres camino del trabajo. Al alba reconquistaban lo que durante el día deberían abandonar nuevamente; había visto catervas de cuervos, parados sobre el cemento blanco con negras cabezas malvadas, sin ganas todavía de ceder el lugar a los dormilones.

Donde el camino volvía a empezar torció a la izquierda. Todavía quedaba aceite para una media hora. El no podía dar marcha atrás; la distancia que le faltaba recorrer era —aunque medida según cálculos aproximados— más corta que el camino a sus espaldas.

El angostamiento del camino iba a durar, parecía. En el otro lado el hormigón estaba estrangulado por malezas y hierbas: largas flores moradas y candelarias crecían entrelazándose sin concierto, disparadas hacia arriba en medio de las macollas verdes y un dédalo rastrero de flexibles tallos y hojas. La hierba creciente había dispuesto primero sus celadas y hacía una guerrilla astuta y acomodaticia contra la fuerza menguante de una masa pétre que

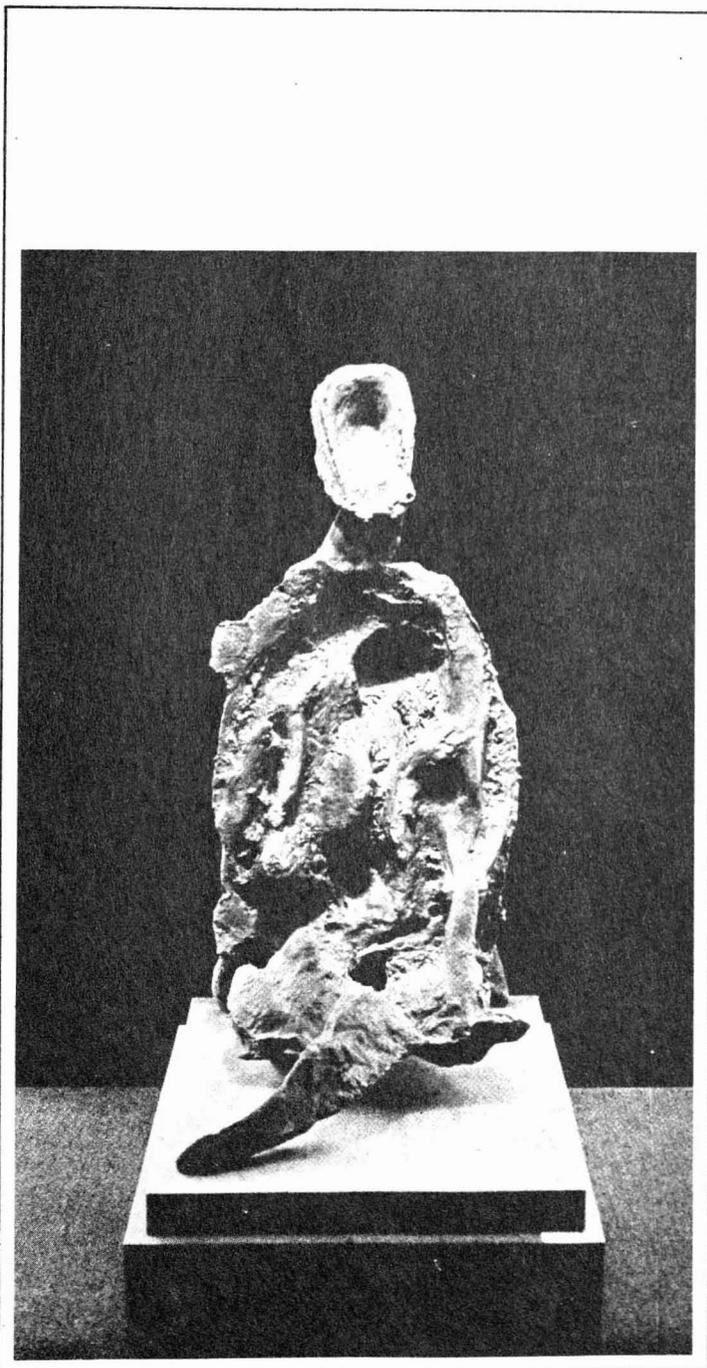
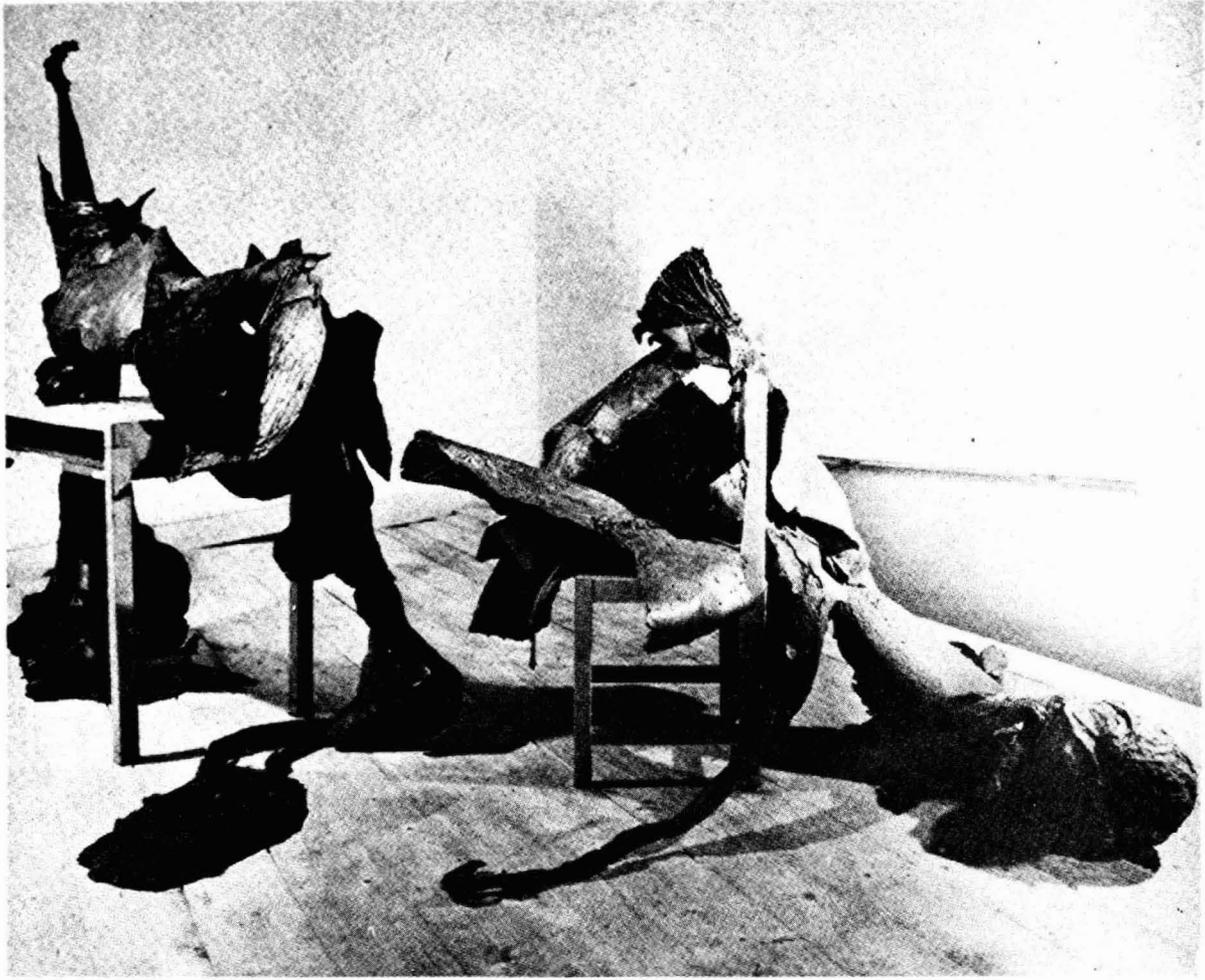


Figura de Grecia

Cita de la mesa y la silla



había sido despojada y arrojada de su antiguo territorio. No había remedio; las raíces abrían poco a poco hendeduras en las lozas de hormigón. Por todas partes surgían o volvían a desaparecer bajo la tierra por un tiempo indefinido.

A pesar del tableteo bajo la cubierta el coche avanzaba velozmente. Se levantó un viento ligero que le quitó poco a poco del frente las brumas que quedaban. Parecía como si viajara por una estampa antigua pintada por el pincel delicadísimo de un maestro chino. Detrás de una curva suave surgieron ante sus ojos unos topes cruciformes derribados; habían construido una obstrucción transversal en el camino. El creyó que ése era el fin de la travesía. Disminuyó la velocidad y se pasó la mano por los cabellos secos y erizados. No había podido refrescarse, pero era preciso llegar en buen estado y causar la impresión correcta. Nunca se sabía las desgracias que uno podía acarrear, si se pasaban por alto pequeñeces en apariencia insignificantes. Ya de cerca, vio que la barricada estaba abandonada. Como una transparente aglomeración de arañas de madera había en el camino, a una distancia de varias decenas de metros, diversas construcciones de carpintería. Las rodeaba una senda sinuosa llena de baches y charcos que atravesaba, en arco un bosque de juncos y pinos tiernos. Un poco más allá continuaba el camino, abierto y despejado como antes. Pasó al lado de un coche oscuro provisto de barrotes de hierro que estaba detenido. Tras los vidrios enrejillados asomaban cabezas somnolientas bajo pardas gorras de uniforme. El los dejó atrás antes de que pudieran agarrarlo.

No sucedió nada que pudiera estorbar su marcha.

Sólo el viento arreciaba. Las ráfagas de lluvia empezaron de nuevo a caer del cielo gris. El ritmo del viento lo leía él en la regularidad con que las formaciones de la lluvia se agitaban sobre

los bosques y las fincas abandonadas. Vio por el espejo que el camino a sus espaldas mostraba una cuesta ligera que continuaba por algunos kilómetros.

Se estaba acercando indudablemente a las orillas del río. A ambos lados del camino el paisaje perdía su carácter agreste para dar paso a una franja poblada de bosques de abedules que despedían pálidos fulgores argentados en medio de matas bajas y brezos desolados. Veía pasar la vegetación de la cuneta en suaves ondulaciones.

Luego, de pronto, el camino se precipitaba campo abajo. Había llegado a la entrada del valle. Jirones de nubes pardas flotaban en la hononada y cubrían la vista del río que, allá muy abajo, debía de fluir mansamente. El otro lado quedaba obstruido para la vista. El apagó el motor y se dejó ir silenciosamente hasta la barrera que estaba situada en la subida al puente. Una caseta de piedra se levantaba al lado del camino. Un guardia armado se desprendió del muro y, superfluamente, levantó la mano.

El se bajó del auto. Oyó cercano el ruido de agua que caía. Un arroyo invisible buscaba con gran estrépito su camino cuesta abajo. Un soldado joven vino a su encuentro sacudiendo la cabeza. A cortos intervalos se oían en el otro lado del río órdenes confusas e incomprensibles que debían provenir de altavoces instalados en el paisaje. La voz desconocida crepitaba en el viento.

El soldado le lanzó unas palabras que él no entendió, y hacía movimientos negativos con manos y cabeza. No parecía hostil. Había en su voz un tono de disculpa, aunque no estaba claro lo que quería decir. La lluvia se abatía sobre ellos en ráfagas tenues. Sus pantalones y camisa se iban empapando poco a poco; del pelo empezaban a chorrearle sobre la nariz y las mejillas gotas que se agrupaban en la punta del mentón, y de allí caía el agua en su chorrillo.



Más allá de la barrera empezaba el puente ancho y recto.

Un altavoz tronó en la distancia. En lo hondo sonaron voces apagadas por sobre el agua. En el puente crecía la hierba. Por todas partes levantaba la cabeza entre las piedras del piso, creciendo con mayor rapidez en los bordes pero visible por todos lados. El vio la huella medio borrada de llantas oruga; hierba que volvía a enderezarse lentamente. Día y noche avanzaba a rastras, irresistiblemente tomaba posesión del puente. Acomodó de nuevo sus papeles, la tarjeta con su funda de plástico, bajo la camisa. El joven soldado estaba junto a él mirando hacia el otro lado. *Feldgrau*. Ni el menor ruido. En la caseta todo estaba en silencio, aunque él tenía la sensación de que los espían. El soldado hizo un ademán como si quisiera decir algo más, pero en ese momento comprendió que en este caso el hablar era inútil y quedaba descontado debido al mutismo del viajero. Regresó a su puesto bajo el colgadizo. Tras su hombro el fusil se erguía como un signo de admiración.

El viajero se alejó del puente.

Condujo el auto en reversa y le hizo dar vuelta en la dirección de la que había venido. El agua de la lluvia temblaba en cientos de gotas solas sobre la trompa del coche exiladas del río que como miniaturas brillantes yacían dispersas sobre la cubierta.

El auto avanzaba lentamente mientras él buscaba un cigarrillo. El primero de una larga serie. Miró su rostro en el espejo: ojos tenaces, la piel blanca y pálida, y el extraño contraste de una boca triste, las comisuras inclinadas hacia abajo, y una nariz que apuntaba hacia adelante como un pico. Las orejas cubiertas por el pelo que aquí y allá estaba encaneciendo ya y que casi imperceptible le atravesaba la frente, en que una arruga vertical cruzaba nacientes —aún vagas— líneas transversales.

En el tablero se encendió la lucecita roja. El motor tuvo estertores secos. El apagó el contacto y siguió avanzando en un silencio absoluto —hacia abajo por la suave pendiente, a lo largo de brezos y abedules y una vegetación inclasificable en las orillas del camino, hasta que incluso el silbar de las llantas sobre el hormigón mojado enmudeció.

En la distancia, encorvada bajo el viento y la lluvia, cruzó una pastora de ovejas con su rebaño. Reconocible por su sombrero alto de anchas alas, caminaba avanzando su bastón con regularidad —deformada con el andar torpe de sus amigas—, junto al rebaño lanoso manchado de lodo y mierda que atravesaba el camino a tropezones hacia el campo mañanero y recién lavado. Largas trenzas pajizas le colgaban junto al rostro. Eran las cinco de la mañana.

Acaso podría llegar hasta un viejo caserío. Por un angosto camino rural que cruzara la autoestrada; a través de senderos por el bosque tal vez. Su velocidad disminuía a ojos vista. Dio otra fumada y arrojó la ceniza blanca hacia afuera.



El baile

